Un día normal

Yaneth del Pilar Martínez Muñoz

El sol te da en la cara de una manera tan violenta, que quisieras devolverle la cachetada para que te respete el sueño y poder seguir arrullando un poco más el dolor en el cuerpo que te dejó el duro trabajo de ayer. Pero no puedes.

Una voz que siempre viene desde adentro te dice que hoy es un día nuevo, igual al de ayer, y el susto de mirar el reloj te recuerda que eres una persona demasiado responsable como para no desafiar la tibia cama (que apenas es tu simple cama) y te lanzas con los pies descalzos al frio suelo para comenzar la carrera, porque has sido destinado a ganarte el pan con un sudor que bañará tu cuerpo de caballero andante, y saldrás a transitar por calles que se derriten bajo un sol ardiente que aparece con todo su esplendor, como enemigo de todo lo viviente.

Lanzando besos de despedida con mucha prisa a los que de verdad te quieren, cierras la puerta de tu casa, y la voz que siempre viene desde adentro te dice que deberías quedarte, para amarlos un poco más. Pero no puedes.

Al otro lado de la puerta, en la ciudad de todos, miles de figuras fantasmales corren por las calles, todas se estorban en el camino, pero se acomodan para embutirse en la fila que conduce a la boca del gusano verde y blanco. El gusano abre su boca y se traga los cuerpos que se empujan unos a otros por la prisa de la responsabilidad y la holgura del bolsillo.

Adentro del gusano, unos a otros se apretujan para quedar en un equilibrio que no los deje caer – después de la línea amarilla – los cuerpos se convierten en cigarrillos bien empaquetados. En el interior del gusano una voz resuena como un pitido que interrumpe el arrullo que aún no te abandona y después de cada rezo de: “recuerde que siempre hay tiempo para todo” su boca horizontal se desliza vomitando gente que sale en tropel, y tu luchando por no dejarte sacar de su asfixiante interior, entonces otra marejada de gente que parece leerte el pensamiento, te arrastra de nuevo a tu posición de cigarrillo en la cajetilla. Todos te sostienen y se sostienen con firmeza de todas las partes cardinales de tu cuerpo, que apenas respira.

Entonces esperas mientras planeas que harás en el momento en que la voz del gusano pronuncie las palabras con que te despedirá del mar de gente, y rezas para que las mil personas que están clavadas entre tu cuerpo y la puerta, te den paso, y las otras dos mil que están atrás de ti, te empujen, y de nuevo rezas para que un milagro te haga atravesar la densidad de cuerpos y sudores, y llegues vivo hasta la línea amarilla donde se confunde la boca del gusano.

El milagro ocurre, abres tus ojos, estas al otro lado de la línea amarilla y con toda la fuerza que te da la promesa de la nueva vida, corres por las calles bajo el sol inclemente, con una tropa de otros que también corren para llegar a ninguna parte, con un afán interminable, por una meta que parece esconderse en cada gota de sudor que vanamente rueda por los rostros hipnotizados. Todos gritan, nadie escucha bajo el sol que evapora las interminables líneas grises de calles y laberintos.

De pronto, otra vez la magia ocurre, algún reloj fantasmal hace sonar la sirena del fin de la carrera, entonces los cansados cuerpos se arrastran por unas escaleras altas que no llegan al cielo, y como el buen padre, el gusano espera para volver a tragarse los cuerpos ya licuados por el sol, en la ilusión de haberse ganado un día, perdiendo la dicha de la vida. Todos los cadáveres vivientes se apilan unos sobre otros, apenas adormilados, soñando que están vivos y que en casa el amor espera.